

III

PROSPECTIVA

DOCTRINA SOCIAL Y "NUEVO ORDEN MUNDIAL"

POR

JOSÉ MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN(*)

Con el título de esta nota queremos inquirir en la relación conflictiva que se establece entre la Doctrina Social de la Iglesia y lo que conocemos como nuevo orden mundial.

Conviene precisar que el nuevo orden mundial no es sólo una nueva situación geoestratégica, sino que coincide también con el dominio de lo que se ha definido como la ideología americana; ésta aparece como culminación del proceso ideológico ilustrado, una vez derrotada definitivamente la desviación de dicho proceso, que hemos conocido como socialismo científico.

La ideología mundial que surge de la voluntad universalista que siempre caracterizó a la mentalidad norteamericana, no parece tener la agresividad antirreligiosa propia de buena parte del movimiento ilustrado y, desde luego, del socialismo. En esta actitud han incidido diversas circunstancias, entre las que no cabe despreciar las raíces religiosas de inspiración protestante de la ideología a la que nos referimos y el redescubrimiento del necesario papel social que cumple la religión. Dicho papel no disminuye su importancia, sino que, por el contrario, ésta se refuerza con las nuevas circunstancias derivadas de la imposición general de la mentalidad consumista y productiva.

(*) Universidad Complutense de Madrid.

No debemos, pues, esperar de las nuevas circunstancias un proceso de persecución frontal de la Iglesia, salvo en los lugares como en China en que los restos del socialismo derrotado mantienen su virulencia; más bien asistiremos, y de hecho lo estamos viendo ya, a un proceso de reconducción de la Iglesia en el que se reforzarán las tendencias «positivas», según la óptica que criticamos, y se suprimirán las negativas.

Fruto de este esfuerzo reconductor y didáctico es el hecho de que pocas veces en la historia se ha discutido más sobre el papel social de la Iglesia, no con la intención de suprimirlo, sino con el loable propósito de situarlo. Sorprende, sin embargo, que tan nobles propósitos se ejercitan por personas que hasta la nueva fiebre habían mostrado escasa afición a lo religioso.

Convendría precisar cuál es el papel que, según nuestro parecer, atribuye la ideología mundial a la Iglesia, para observar a continuación cómo «los medios» se dedican a lo que hemos definido como reconducción. Por razones de espacio no podemos realizar un análisis pormenorizado de dicho papel. Voces más autorizadas lo han definido con precisión; así, Butiglione ha denominado a esta función con los sugestivos términos de «guardianes del sótano». Según este autor, el papel que se atribuye a la religión, y específicamente a la Iglesia Católica, sería el de dedicar sus esfuerzos sociales a consolar y atender a los expulsados por el sistema social, a los agotados por el esfuerzo productivo, a aquellos que carecen de capacidad de consumo, a los ancianos que no pueden formar grupos de presión, a los nuevos leprosos del SIDA, a las víctimas de las guerras de reubicación del orden internacional, etcétera. No es aventurado decir que si la labor de la Iglesia se redujese a esto, cumpliría el papel denunciado por el marxismo de ser el opio del pueblo. Conviene distinguir que es indudable que la labor caritativa de la Iglesia en los campos mencionados es la máxima expresión del mandamiento del amor, pero esto no puede significar que su labor social quede reducida a ello.

El segundo papel, en el orden de la exposición que no de importancia, que debe cumplir la religión y específicamente la Iglesia católica en el nuevo orden es el de cohesionar el orden moral

y, específicamente, la moral familiar. El mundo sin moral, inaugurado tras el proceso de descristianización, tiene ante sí diversas alternativas que, o bien conducen a la autodestrucción, cuestión poco probable al menos a escala planetaria, o a una reconstrucción moral, lo que con desafortunada frase se define como «rearme moral».

La reconstrucción moral puede presentar dos tendencias, ambas incluibles en el nuevo orden; los sectores más laicistas, vinculados a la socialdemocracia, han presentado la alternativa de la ética civil o ética mínima, la cual, por cierto, ha sido asumida con entusiasmo y acríticamente por algún sector clerical. Por el contrario, un núcleo amplio de los sectores conservadores aprecian las ventajas de la moral de fundamentación religiosa y se inclinan por otorgar a la Iglesia un papel de conciencia social, referente de comportamientos morales. Eso sí, la moral social, estrictamente considerada, se traduce en su vigencia social en lo que con acierto se ha denominado «cristianismo a la carta». Esta peculiar situación reivindica el derecho, de raíz muy protestante, de servirse de aquellas partes de la moral cristiana que son más digeribles. Es decir, aquellas que son más soportables en la peculiar relación producción-consumo que caracteriza nuestra época y que, igualmente, sirven de parapeto frente a la vorágine de la inmoralidad. De aquí la posición de crítica benévola hacia la acción de la Iglesia que mantendrán los representantes de esta corriente y su acción tendente a fomentar las posturas eclesiales que califican como realistas frente a las integristas.

Es observable, en los últimos tiempos, una justificada alerta de los cristianos en general y de la jerarquía eclesiástica en particular, ante el intento de imposición de la ética civil y a la consiguiente expulsión de la vida pública de la moral cristiana; por el contrario, no se ha producido una reacción semejante ante los intentos de cercenamiento de la moral cristiana y de la acción social de la Iglesia procedentes de los sectores liberal-conservadores. Y esto a pesar de que las discrepancias se han manifestado con rotundidad en los últimos tiempos en temas como la respuesta ante el documento *La verdad os hará libres*, la Encíclica *Centesi-*

mus annus, la actitud general ante la guerra del Golfo o el papel de la Iglesia en los nuevos regímenes del Este.

Sea como fuere, lo que parece evidente es que en el nuevo reparto de papeles que las diversas corrientes dominantes atribuyen a la Iglesia no encaja en absoluto la «Doctrina social de la Iglesia». Esta aparece para algunos como la constancia de que en medio de tantos errores, como a los que hemos asistido, hubo quien desde el siglo pasado encaró con acierto la denominada cuestión social; en otras palabras, no fue imprescindible equivocarse construyendo regímenes que mataron a millones de personas, pues lo que ha sucedido fue previsto, y no por algún intelectual aislado e iluminado, sino por toda una corriente de pensamiento. Como dato histórico, el renacer de la Doctrina Social o, para ser más exactos, el nuevo impulso que le ha dado el Santo Padre, supone una enmienda al abandono que dicha doctrina sufrió durante los años sesenta, cuando el encuentro con el mundo supuso para muchos la aceptación en la esfera social de los postulados del socialismo, próximo ya a su fulminante decadencia. Pero no es la negativa de aceptar el error, por parte de los socialistas o de los cristianos, el principal inconveniente que encontrará la Doctrina social. Las dificultades que se avecinan estriban en que la misma es la manifestación de la rebeldía de la Iglesia a aceptar el papel reservado por la ideología mundial. Y dicha rebelión no es un capricho de la jerarquía, sino la manifestación más firme en la actual circunstancia histórica de la fidelidad a la misión encomendada por Cristo, pues como se ha precisado con mayor acierto en estas páginas, el Reinado Social de Cristo no es una opción opinable para el cristianismo, sino que viene exigido por la propia majestad de Nuestro Señor y por el amor a los hombres.

Conviene igualmente recordar que la distorsión que la Doctrina Social introduce en el nuevo orden genera una serie de incomodidades y, por tanto, de tentaciones a todos los implicados en el debate. La más evidente es la que produce en los voceros del nuevo orden, decididos a limitar el impacto de las nuevas manifestaciones del Pontífice, ya sea señalando condescendentemente la ignorancia del Papa en materia de economía, ya sea apuntando

cuál es la correcta interpretación que los cristianos deben hacer de las palabras del Pontífice, o añorando la buena época de los Papas inmediatamente anteriores en los que la Iglesia, supuestamente, supo limitar su papel a aquel que se situaba en consonancia con los tiempos.

Con ser importante y agresiva, la opción que describimos no es la que entraña mayor peligro. Como siempre, son las tentaciones internas a la vida de la Iglesia las que pueden producir mayores males. Los cristianos que participan activamente en la vida pública, encuentran en la indefinición y enmascaramiento de la Doctrina Social una buena coartada para una doble vida, para lo que algunos han definido con acierto como esquizofrenia. Según esta actitud tan extendida, una cosa es el político como hombre particular o como cristiano y otra es su actuación en la vida pública, especialmente cuando está inscrito en un partido. Pero no es sólo el cristiano activo en la vida pública el que está sometido a tentaciones en el tema tratado. También la Iglesia, incómoda en un papel de permanente oposición, de denuncia profética, puede verse tentada a suavizar su acción, a reducir su labor, buscando una acomodación a las circunstancias que la desvíe de su misión. La tentación, justificada en una pretendida caridad hacia el mundo no cristiano, tiene su contrapeso en la evidencia de que es la Verdad quien nos hará libres.

UNA NUEVA POLITICA PARA UN MUNDO NUEVO

POR

THOMAS MOLNAR (*)

En la víspera misma del centenario de *Rerum novarum* la enseñanza social y política de la Iglesia ha recibido nueva confirma-

(*) City University of New York (Estados Unidos); Universidad de Budapest.